

Estas pues fueron las armas con que el Salvador triunfó del mundo, que fueron armas de virtudes, armas espirituales, armas divinas; porque si Dios había de pelear, con estas armas había de pelear; y si había de vencer, con estas había de vencer. Porque no fuera tan grande gloria suya pelear con la omnipotencia de su brazo, de la manera que peleó contra Faraon y contra Sennacherib, rey de los asirios, matándole una noche ciento y ochenta y cinco mil hombres de su ejército, y después á él por mano de sus propios hijos. Mas la gloria desta victoria fué, vencer muriendo y padeciendo; y vencer los emperadores con la constancia de doncellas tiernas y delicadas.

CAPITULO XIV.

De la duodécima excelencia de la religion cristiana, la cual contiene el triunfo de Cristo contra los que le procuraron la muerte.

La duodécima excelencia de la religion cristiana es la gloria con que Cristo triunfó de los que le procuraron la muerte, tomando venganza dellos con calamidades nunca vistas ni oídas: las cuales refiere Josefo, gravísimo historiador, de nacion y profesion judío, en siete libros que desta materia escribió, de los cuales tratamos adelante mas largamente; mas aquí referirémos la summa dellas para el cumplimiento desta materia de los triunfos de Cristo. Es pues de saber, que luego después de la muerte del Salvador comenzaron sus calamidades por el mismo juez Pilato, que lo condenó; el cual afligió aquel pueblo que tenía á su cargo de muchas maneras. Después del cual se siguieron otros gobernadores de aquella provincia, conviene á saber: Festo, Félix, Floro, Albino, Cestio; los cuales fueron tales, que cada uno se esmeraba en ser peor que el otro, y competir con él en maldad, y crueldad, y avaricia; y así cada uno en su tiempo afligió aquel pueblo con tantas maneras de robos, cohechos, injurias, muertes, afrentas, y otros semejantes agravios, que incitaron á los miserables hombres á rebelar contra el imperio romano, siendo tan desiguales sus fuerzas y armas contra este poder. Después desto sucedió la venida de Vespasiano por razon deste levantamiento, el cual primeramente determinó conquistar las ciudades comarcanas, mayormente la provincia de Galilea, de la cual era gobernador y defensor el sobredicho Josefo. Donde cuasi todas las ciudades de su provincia fueron destruidas, y sus moradores captivos y muertos. Mas cuán grande haya sido el número de los unos y de los otros, no se cuenta, sino solos los de algunas ciudades. Pero puede conjeturarse por este indicio, que en la ciudad de Jotapata, que Josefo defendía, fueron muertos en tiempo del cerco y á la entrada della, cuarenta mil hombres. Y en otra ciudad, por nombre Taraguias, fueron captivos cuasi otros tantos. Pues por aquí se verá cuál sería el número de los otros muertos y captivos en las otras ciudades: en las cuales muchos mataron á sí, y á sus mujeres y hijos, por no venir á manos de los romanos, y otros se despeñaron de grandes riscos, y otros se echaron en la mar.

Después desta conquista se siguió el cerco de Hierusalem, cuyas calamidades y desastres vencen con extrema ventaja todas las tragedias y calamidades que ha habido en el mundo. Y la hambre de los cercados fué tan grande que llegaron á comer las riendas de los caballos, y sus cintas, y zapatos, y los cueros con que esta-

ban aferradas las puertas, y otros había que comían las pajas secas, y de cualquier estiércol que hallaban se vendía un pequeño peso por cuatro dineros. Mas el número de los muertos ¿á quién no espantará? Porque murieron en este cerco parte á hierro, y parte por hambre un cuento y cien mil hombres, los cuales se habían ayuntado en aquella sazón á celebrar la pascua del Cordero, que no se podía celebrar fuera de Hierusalem. Pues ¿cuándo, dende que Dios crió el mundo, hubo jamas cerco ó batalla, en la cual el número de los muertos llegase siquiera á la mitad desta cuenta? Los captivos fueron noventa mil; los cuales guardaban unos para echar á las fieras, y otros para que se matasen unos á otros en los espectáculos y fiestas de los romanos. Tras desto se siguió luego la ruina de aquella tan insigne y tan conocida ciudad en todo el mundo, cercada de tres muy fuertes muros, y amparada con aquellas tres famosísimas torres de cuya grandeza, y fortaleza, y hermosura, tantas cosas se cuentan; mas para Dios no hay casa fuerte. Pues toda ella con sus hermosísimos palacios y edificios, y sobre todo con aquel sacratísimo templo celebrado en todo el mundo, fué abrasado y arrasado por tierra, sin quedar en ella piedra sobre piedra: de tal manera, que (como refiere Josefo) quien por allí pasara, juzgara que nunca allí hubo habitacion, ni poblacion de hombres. Y juntamente con la ciudad feneció aquel reino mas antiguo que el de los romanos, sin jamas hasta hoy ser restituido ni haber levantado cabeza.

Mas no se contentó con todo esto la severidad de la justicia divina, sino pasó aun mas adelante. Y así fueron por otro levantamiento destruidos por el emperador Trajano, y después mas crudamente por Adriano, y después por Valente, y agora andan derramados y desterrados por todas las naciones del mundo, sin rey, sin templo, sin sacrificio, sin sacerdote, sin orden de república, oprimidos, y avasallados, y cargados de pechos y tributos en todas las naciones. Pues según esto podemos agora preguntar á los que así andan desterrados: Amigos, ¿qué se hizo aquella tan antigua República? Aquel famosísimo templo? Aquella orden de sacerdotes y levitas? Aquel coro de cantores? Aquellos instrumentos de músicas tan suaves? Aquellas vestiduras sacerdotales? Aquellos vasos de oro tan ricamente labrados? Aquellas ofrendas y sacrificios que todas las gentes allí ofrecían? Y (si volvemos atrás) ¿aquella potencia de David? Aquellas riquezas y gloria de Salomon? ¿En qué se ha convertido toda aquella majestad y grandeza? ¿Quién derribó del cielo en la tierra el pueblo de Israel (a), tantas veces defendido y amparado por Dios? ¿Cómo no se ha acordado del estrado de sus piés en tantos años? ¿Cómo lo deja oprimir de todas las naciones? Pues ¿por qué pecado tan grande castigo? No por el de la idolatría, por el cual fueron llevados captivos á Babilonia; mas este captiverio no duró mas que setenta años, los cuales acabados fueron restituidos en su antigua república y policía. Mas agora después de mil y quinientos años no vemos esta restitucion. Pues ¿cuál será la causa de tan largo destierro sobre tantas calamidades pasadas? ¿Qué podemos aquí decir, sino que pues Dios es rectísimo y justísimo juez (el cual por peso y medida proporciona las penas de los castigos con la calidad de los delictos), que cuanto este castigo y destierro fué mayor que el otro, tanto el pecado por que se dió es mayor? Pues di-

(a) 1. Paral. 28. Thren. 2

ganme agora todos los entendimientos del mundo, ¿qué pecado pudo haber mayor que el de la idolatría, sino la muerte injustísima del Hijo de Dios, y Señor de todo lo criado? Pues el triunfo de Cristo fué el castigo y la venganza deste pecado: el cual así como fué el mayor de todos los pecados del mundo, así fué castigado con la mayor de todas las calamidades del mundo.

CAPITULO XV.

De la décimatercia excelencia de la religion cristiana, que es ser aprobada por testimonio de doctísimos y sanctísimos varones y mucho mas de los sagrados concilios.

En todas las causas que se tratan entre los hombres, así civiles como criminales, viene á liquidarse y determinarse la verdad por el dicho de los testigos cuando son abonados. Pues tampoco nuestra sagrada fe y religion carece de testigos muy mas ciertos y abonados que todos los otros. Porque primeramente testigos son desta verdad doctísimos y sanctísimos varones, junto con los sagrados concilios. Testigos tambien son los sanctos mártires, como el mismo nombre lo significa (porque mártir quiere decir testigo) los cuales firmaron con su sangre la verdad de nuestra fe. Y testigos son tambien los milagros obrados por Dios, en confirmacion de esta verdad. Y testigos tambien no ménos abonados los profetas, y el cumplimiento de sus profecías muchos años ántes denunciadas. Destas cuatro maneras de testimonios trataremos agora, y primero del testimonio de los sanctos doctores.

Es pues agora de saber, que (como Aristóteles dice en el primer libro de su Retórica) por tres cosas damos crédito á un hombre, y creemos que trata verdad. La primera si es sabio, la segunda si es virtuoso, la tercera si es nuestro amigo. Porque del sabio presuponemos que no errará, y del virtuoso que no mentará, y de nuestro amigo que no nos engañará. Destas tres cosas las dos primeras caben en muchos doctores de la Iglesia, los cuales testificaron y defendieron nuestra fe contra todos los herejes del mundo. Entre los cuales unos hubo consumadísimos en todo género de filosofia moral, y natural, y sobrenatural, que llaman metafísica: como fué Sancto Tomas, Sant Buenaventura, Alberto Magno, Alejandro de Alés, Escoto y otros innumerables que siguieron la manera de filosofar que estos. Otros hubo que con estos estudios juntaron la flor de la elocuencia, así griegos como latinos: cuales fueron entre los griegos el Gran Basilio, y su hermano Gregorio Niseno, y su amigo y compañero de sus estudios Gregorio Nacienceno, y el contemporáneo destes Sant Juan, llamado por su grande elocuencia Crisóstomo, que quiere decir boca de oro; y el imitador deste, Teodoreto; y mas antiguo que estos, Orígenes. Entre los latinos Cipriano, Ambrosio, Agustino, Hierónimo, versado tambien en las lenguas hebrea, griega y caldea; y Lactancio Firmiano, á quien él llama río de la elocuencia Tuliana, y Arnobio; y el consumado en todas las ciencias humanas, junto con la elocuencia, Boecio Severino. Todos estos varones esclarecidos en todo género de las disciplinas y ciencias humanas y divinas, con otros innumerables (de que se hace mencion en los catálogos de los escritores eclesiásticos), después de estar tan fundados en estas ciencias, gastaron toda la vida en tratar, enseñar, escribir, y inquirir la verdad de nuestros misterios; y todos ellos á una voz, y con un mismo espíritu los testifican, y confiesan ser esta verdad revelada por Dios.

Con esto se junta ser muchos dellos sanctísimos varones, los cuales son muy abonados testigos de la verdad; porque estando libres de toda la corrupcion de ambicion, de avaricia, y de todos los apetitos y deseos desordenados, no tenían cosa que los torciese y apartase de la verdad; la cual preciaban mas que todos los tesoros del mundo, y por falta desta pureza dijo nuestro Salvador á los fariseos (a): ¿Cómo podeis vosotros creer procurando tanto la gloria de los hombres, y no haciendo caso de la gloria de Dios? Y de los malos dijo el Sabio (b), que su malicia los había cegado y privado del conocimiento de la verdad. Lo contrario de lo cual acaece en las ánimas puras y libres de toda malicia; porque así como en un espejo limpio resplandecen mas claramente los rayos de la luz corporal, así resplandecen en la consciencia pura los rayos de la luz espiritual de la verdad. Con esto se junta, que los varones sanctos tratan siempre con Dios, que es fuente de luz y de sabiduría; la cual continuamente le piden (como la pedia David, cuando decia (c): Abre, Señor, mis ojos, para que considere yo las maravillas de tu ley); y por consiguiente á ellos mas que á otros comunica Dios el conocimiento de sus misterios. Por lo cual dijo el Eclesiástico (d), que el ánima del varon sancto atina mejor en el conocimiento de la verdad, que siete hombres puestos en atalayas para especular: queriendo por estas palabras declarar cuánto importe la pureza de la vida para el conocimiento de Dios y de sus obras. Y por esto dice el Salmista (e), que en la boca del justo está la sabiduría, y que su lengua hablará juicio.

Pero otro mayor testimonio que este tiene nuestra religion, que es de los sagrados concilios: lo uno por razon de la asistencia del Espiritu Sancto, que es el maestro de la Iglesia; y lo otro porque los testimonios de los sanctos son de personas particulares, mas el de los concilios es de toda la Iglesia universal donde se juntan todos los prelados y los mayores teólogos y letrados que hay en toda la cristiandad, y tratan con maravilloso concierto y acuerdo las cosas que han de determinar. Porque invocada primero la presencia del Espiritu Sancto, cometen á los teólogos que ventilen y disputen las cuestiones que se han de definir. Y después otros elegidos para esto, ordenan los decretos que se han de concluir. Y esto viene otra vez á los padres para ver si hay alguna cosa que se deba añadir, ó quitar, ó mudar. Y esto hecho vuélvese otra vez á proponer lo emendado, y preguntar por los votos y pareceres de todos. En lo cual se gastan á veces muchos meses en la averiguacion de un solo decreto que es de una verdad. De modo que con tener por cierta la asistencia del Espiritu Sancto, examinan con summa industria y diligencia lo que se debe tener. Y sobre todas estas diligencias se añade la confirmacion del summo pastor y vicario de Cristo, que es el Pontífice romano. Porque ni la fe, ni la gracia, ni la confianza en Dios excluyen los medios de la providencia humana, con tanto que no estribe en ella nuestra confianza, sino en la Providencia divina. Este es un muy principal testimonio de la verdad de nuestra religion: que es de innumerables varones doctísimos, y de otros juntamente doctísimos y sanctísimos, y sobre todo de los sagrados concilios.

Deste testimonio de la verdad carecen todas las sectas que ha habido en el mundo. No hablo en la secta de los gentiles, la cual no solo no tuvo testimonio de ningun

(a) Joan. 5. (b) Sap. 2. (c) Psalm. 118. (d) Ecl. 57. (e) Psalm. 36.

filósofo sabio, mas ántes todos conocieron la vanidad della, como se ve por Tulio en el libro de la Naturaleza de los Dioses; donde condena la superstición de aquellos que ponian en los dioses, machos, y hembras, y casamientos, y partos, y generaciones, y todas las flaquezas que vemos en las cosas humanas.

De la secta de los moros, ya dijimos (f) cómo los principales filósofos que en ella hubo (que fueron Avicena y Averrois) condenan á Mahoma en el principal artículo en que se funda toda la órden de la vida humana, que es el último fin del hombre. Mas dirá alguno: Los judíos tienen tambien sus rabinos y doctores que defienden su secta y interpretan la Escritura, y compusieron el Talmud, que es entre ellos como el derecho canónico entre nosotros. Desta escriptura suya tratarémos adelante, donde verá el cristiano lector tantos y tan grandes disparates, tantas mentiras y deshonestidades, tantas fábulas y patrañas, que sin dubda quedará atónito y como fuera de sí, de ver cómo pudo haber hombres en el mundo que tales cosas escribiesen, y otros tan ciegos que las creyesen. Mas la fuerza de la pasión, y la potencia del demonio, y la ceguedad y malicia del pecado mucho pueden con los tales.

CAPITULO XVI.

Preámbulo para tratar del testimonio que nuestra fe tiene con la sangre de los santos mártires, donde se declara cuán gloriosa cosa sea padecer martirio por Dios.

Después del testimonio de los santos doctores, síguese el de los mártires, los cuales no solo con palabras sino tambien con obras y con su sangre testificaron la verdad de nuestra fe, dejándose hacer pedazos por la confesion della. Por lo cual se llaman mártires, que quiere decir testigos; porque desta manera dieron testimonio de la fe que profesaban.

No me atreveré á tratar desta materia sin pedir primero el favor y socorro del Espíritu Sancto, para que él, que les dió fortaleza para vencer tan grandes batallas, me dé palabras con que pueda referir alguna pequeña parte dellas. Y confieso que ninguna otra materia trato con mas gusto y voluntad, y ninguna mas recelo tratar, por entender cuán bajo ha de quedar todo lo que en esta parte se dijere, en comparación de lo que la dignidad della requiere. Porque ¿qué palabras bastarán para explicar batallas que fueron un espectáculo y materia de admiración á los ángeles, á los hombres, á los demonios, y á los mismos tiranos y verdugos que martirizaban los santos? Mas por otra parte la gloria destes fuertes guerreros no nos consiente cerrar la boca para sus alabanzas. Porque pues á los coronistas extraños (como dice Eusebio) está bien que recuenten las batallas, las victorias, los arcos triunfales, y canten las fuertes hazañas de los cónsules y magistrados, las matanzas de los enemigos y de sus ciudadanos, y pinten en sus historias la turbación de la patria, los llantos de las mujeres, y la horfandad de los hijos, justo es que en esta obra (que trata de las cosas que pertenecen á Dios) contemos las luchas que la carne por la salud del ánima ha peleado, y la guerra con que varonilmente conquistó la ciudad celestial, y publiquemos las batallas que venturosamente acabó por la virtud de la fe; en las cuales no se armó contra mortales caballeros, sino contra los demonios espirituales; no por las posesiones de la tierra ni seño-

(f) Cap. 8.

rio de las provincias, sino por el reino de los cielos y heredad del paraíso; no para señorear temporalmente, sino para recibir eterna corona en servicio del Rey inmortal y Dios de todas las gentes.

Ni carece esta materia de notable fruto para las ánimas; porque por aquí se confirma nuestra fe, por aquí se enciende nuestra caridad, por aquí se conoce el poder de la divina gracia que tal fortaleza puso en carne tan flaca. Por aquí se esfuerza nuestra paciencia, y se alivian nuestros trabajos, y se despierta nuestra devoción, y se condena el regalo de nuestra carne, y se avergüenza nuestra flojedad y tibieza, pues es tan poco lo que hacemos por el reino del cielo, viendo lo mucho que estos fuertes caballeros padecieron por él. Y por aquí finalmente queda sin excusa nuestra negligencia, viendo lo que el hombre podría con la gracia que á nadie se niega. Esta es una grande gloria que tiene la Iglesia, que es haber sido fundada con la sangre de santos mártires.

Tambien tengo de pedir al cristiano lector que no me tenga por prolijo ó importuno, si en estos libros tratare muchas veces desta materia, y me extendiere en ella; porque ella es tan dulce, tan provechosa y tan copiosa, que por mucho que se escriba, ni al escriptor faltarán batallas nuevas que escribir, ni al lector cosas con que se pueda edificar, y de que se deba maravillar. Porque si se despueblan las casas y las ciudades para ver lidiar los hombres con un toro, ¿cuánto mas glorioso espectáculo será ver pelear una doncella de trece años con todo el poder del mundo y del infierno, y salir desta batalla vencedora, sin que todas las promesas, y amenazas, y tormentos de los tiranos pudiesen hacer mella en su fe y honestidad?

Mas ántes que entre en esta materia, me será necesario advertir al lector de algunas cosas, para que saque mas fruto desta lectura. Y primeramente, porque no es de todos saber estimar la dignidad y alteza de las cosas espirituales, cuando á los ojos de carne parecen abatidas y amenguadas; trataré en breve de la dignidad y gloria que está encubierta debajo de aquella ignominia que por defuera en los mártires parecia. Lo cual tambien vemos en las ignominias de la cabeza de los mismos mártires, que es Cristo nuestro Salvador. Pórrque ¿qué cosa mas abatida que el pesebre de Cristo, que es lugar propio de bestias, y la Cruz, que era lugar de malhechores? Mas ¿qué lengua podrá explicar la hermosura, las riquezas, las gracias, los tesoros y la gloria que está escondida debajo de esa tan humilde figura? Pues con los ojos que miramos las ignominias de la cabeza, habemos de mirar las de sus preciosos miembros, los cuales en su grado participan, así la virtud, como la gloria y hermosura de su cabeza. La causa desta gloria es la dignidad y excelencia de la virtud, la cual (como dijo Platón) es de inestimable hermosura. Y como la virtud de la fortaleza y paciencia en casos de muerte sea la mas fina y mas probada, como el Apóstol dice (a), de aquí es, que á los que tienen ojos y juicio para saber mirar y estimar la dignidad y precio de las cosas, ninguna hay que les parezca mas gloriosa, ni mas hermosa, ni mas digna de ser estimada; y esto de tal manera, que cuanto la deshonor, y abatimiento y la lucha es mayor, tanto lo es la admiración y estima desta virtud.

Pues porque el piadoso lector tenga ojos para conocer la hermosura que está encubierta en los abatimientos,

(a) Rom. 5.

cárceles y prisiones de los santos mártires, pondré aquí algunos pedazos de las cartas que el sancto mártir Cipriano les escribía, ó cuando estaban presos en las cárceles, esperando la corona, ó cuando habian estado constantes y esforzados para recibirla. Pues en una destas cartas, esforzando á unos santos obispos, y sacerdotes, y otros muchos que estaban presos en la cárcel y en las minas de metales, por la confesion de la fe, dice así.

§. I.

De la carta, y exhortaciones de Sant Cipriano, á los gloriosos mártires que padecian por la fe.

La grandeza de vuestra gloria (b), beatísimos y amantísimos hermanos, me obliga á ir á visitaros, y abrazar esos sagrados miembros, si no me impidiera el destierro que yo tambien padezco por la confesion del nombre de nuestro Salvador. Mas en la manera que me es posible me presento á vosotros, y vengo con el espíritu y con el amor, adonde con el cuerpo no puedo ir; declarando en estas letras mi ánimo, y el alegría que recibo con vuestras virtudes y alabanzas, teniéndome por participante de vuestras coronas, si no con la pasión del cuerpo, á lo ménos con la compañía de la caridad. Porque ¿cómo puedo yo callar, oyendo de mis carísimos hermanos tantas y tan gloriosas virtudes, con las cuales la divina bondad os ha honrado de tal manera, que parte ya de vosotros acabó su martirio, y recibió del Señor la corona; y parte está en la cárcel, ó en las minas de metales, presa con hierros, dando con esta dilación de los tormentos, ejemplo y esfuerzo á los hermanos? Mas vuestros títulos y méritos crecen con la dilación de las penas, para alcanzar en el cielo tan grandes premios, cuantos dias agora se cuentan en los tormentos. Y no dubdo que vuestra religiosa vida mereciese que el Señor os levantase á tan alta y gloriosa cumbre de honra; porque siempre florecistes en la Iglesia, guardando la fe y los mandamientos del Señor, conservando la inocencia con la simplicidad, y la concordia con la caridad, y la modestia con la humildad, y la diligencia en vuestro ministerio, y la vigilancia en ayudar á los que trabajan, y la misericordia en recrear los pobres, y la constancia en defension de la verdad, y la severidad en el castigo de la disciplina. Y porque ninguna cosa faltase para el ejemplo de las buenas obras, agora esforzais los corazones de los hermanos á padecer martirio con la confesion de vuestra fe, y con la pasión de vuestro cuerpo, haciéndoos guías y capitanes de la virtud, para que siguiendo la grey á sus pastores, trabaje por imitar lo que ve en ellos, y así sean con iguales servicios y méritos coronados. Y haber comenzado vuestra confesion con crueles azotes de varas, no conviene extrañar este linaje de tormento; porque no es razon que el cuerpo del cristiano tema las varas, pues tiene toda su esperanza en el sancto madero. Aquí el siervo de Cristo reconocerá el sacramento de su salud, porque por medio del madero fué redemido para la vida eterna, y por el madero agora se dispone para la corona. Y ¿qué maravilla es, que siendo vosotros vasos escogidos de oro y de plata, estéis condenados á las minas de metales, sino que agora se ha mudado la naturaleza de las cosas, pues los lugares que solian dar estos metales, agora los reciben con vosotros? Aquí tambien prendieron vuestros

(b) Lib. 5. epist. 25.

piés con cadenas, y ataron con prisiones infames los miembros dichosos y templos de Dios, como si con el cuerpo se pudiese prender el espíritu, ó vuestro oro precioso se pudiese inficionar con el tocamiento del hierro. Para los hombres consagrados á Dios, y que con religiosa virtud testifican su fe, no son estas prisiones sino ornamentos; ni atan los piés de los cristianos para la infamia, sino glorificanlos para la corona. ¡Oh piés dichosamente presos, los cuales no serán desatados por el carcelero, sino por Cristo! ¡Oh piés dichosamente presos, los cuales por el camino de la salud van derechos al paraíso! ¡Oh piés atados por un poco de tiempo en el siglo, para que siempre estén libres en compañía de Cristo! ¡Oh piés detenidos con grillos, y con la ira del adversario, los cuales con gran lijereza han de correr por un camino glorioso á Cristo! Detenga la crueldad y malignidad del adversario presos vuestros cuerpos, mas vosotros muy presto volaréis destas penas de la tierra al reino del cielo. No está regalado vuestro cuerpo en esas minas con cama blanda, mas está regalado con el refrigerio y consolación del Espíritu Sancto. Los miembros cansados con los trabajos, tienen por cama la tierra, mas no es pena dormir y reposar con Cristo. Están vuestros cuerpos afeados, y descoloridos, y cubiertos de polvo; mas lo que de fuera ensucia el cuerpo, espiritualmente lava y purifica el ánima. Es pequeña la ración de pan que ahí os dan; mas no vive el hombre con solo pan, sino con la palabra de Dios (c). Faltaos la vestidura en tiempo del frio; mas el que ha vestido ya á Cristo, abundantemente está abrigado y adornado. Están erizados los cabellos de la cabeza medio tresquilada; mas como sea Cristo la cabeza del hombre, de cualquier manera que ella esté por la gloria del, está muy hermosa. Esta fealdad y escuridad para los ojos de los gentiles, ¿con qué resplandor será recompensada? Esta pena breve del siglo, ¿con cuán esclarecida y eterna gloria será remunerada, cuando el Señor, segun dice el Apóstol (d), reformare el cuerpo de nuestra humildad, y lo hiciere semejante al cuerpo de su claridad!

Ni tampoco, muy amados hermanos, debeis tener por menoscabo de nuestra fe y religion, no tener agora los que sois sacerdotes, facultad para ofrecer y celebrar los sacrificios divinos, pues agora celebrais y ofreceis á Dios un sacrificio precioso y glorioso, por el cual se os ha de dar un grande premio. Pues, como dice el Profeta (e), sacrificio es para Dios el espíritu contribulado; y el corazón quebrantado y humillado no lo despreciará el Señor. Este sacrificio ofreceis á Dios dia y noche sin cesar, ofreciendo á vosotros mismos, como sacrificios puros y limpios. Este es aquel cáliz de salud que el Profeta (f) queria ofrecer á Dios en recompensa de los beneficios recibidos. Pues ¿quién no recibirá alegre y prontamente este cáliz de su salud? ¿Quién no deseará tener algo que pueda ofrecer á su Señor? ¿Quién no padecerá fuerte y constantemente esta muerte preciosa en su acatamiento, para agradar á los ojos de aquel que en esta batalla nos está mirando dende lo alto, ayudando á los que pelean, y coronando á los que vencen, y remunerando con piedad de padre lo que él nos dió, y honrando lo que él en nosotros obró? Todo esto, fortísimos y fidelísimos caballeros de Cristo, declarastes á vuestros hermanos, cumpliendo con las obras lo que ántes enseñastes con palabras; para que así seais grandes en la casa

(c) Matth. 4. (d) Philip. 3. (e) Psalm. 50. (f) Psalm. 115.